

Editorial

Las bibliotecas que están al servicio de una institución, sea ésta una universidad, un hospital, un departamento del Gobierno o un colegio profesional, por poner ejemplos bien distintos, tienen, sin lugar a dudas, problemas y dificultades, que también desde esta revista tratamos de dar a conocer. Son problemas presupuestarios, de personal, de cooperación con las bibliotecas de otras instituciones de su misma naturaleza o, sencillamente, problemas de integración en la propia institución a la que sirven.

En lo que se refiere a la biblioteca pública, además de problemas similares a los ya mencionados, nos encontramos con un problema añadido: la indefinición. Es mucho más fácil definir las funciones de una biblioteca de hospital que las funciones de una biblioteca pública. Como llevamos, además, muchos años soportando usos espurios de la biblioteca pública, nos hemos terminado todos acostumbrando a hacer una definición a remolque de los hechos: la biblioteca pública es, para la mayoría de la gente, políticos incluidos, el lugar al que unos pocos usuarios acuden esporádicamente a coger libros en préstamo, sí, pero fundamentalmente es el sitio a donde van los niños a hacer los deberes y, en algunos casos, a medir sus

fuerzas con la bibliotecaria o el bibliotecario (y por desgracia hemos conocido últimamente más de un caso en nuestra comunidad que serían merecedores de una denuncia en el juzgado de guardia). Esto es absurdo. Cuando se tiene el hábito de definir las cosas sólo por su apariencia se cometen errores grotescos. Esto lo han sabido siempre los grandes humoristas. Para el extraterrestre de Eduardo Mendoza que

está buscando a Gurb en su novela *Sin noticias de Gurb*, los aviones «son especies de autobuses que se propolen expulsando el aire de los neumáticos. De esta forma alcanzan las capas bajas de la atmósfera, donde se sostienen por la mediación del santo cuyo nombre figura en el fuselaje (Santa Teresa de Ávila, San Ignacio de Loyola, etcétera). En los viajes prolongados, los pasajeros del avión se entretienen mostrándose los calcetines». Pues bien, para alguien que sólo ve lo que está a la vista, el avión es eso y una biblioteca pública es lo que acabamos de decir. Ahora que se habla de remodelar el sistema bibliotecario navarro, deberíamos empezar por hacer una definición seria no de lo que se ha visto obligada a hacer la biblioteca pública, algo que por desgracia lo sabemos de sobra, sino de lo que la biblioteca pública intrínsecamente es. Sólo si empezamos por definir seriamente, podremos marcar objetivos serios. De lo contrario todo el plan de remodelación no hará más que remodelar y reordenar las hojas del rábano.

¿Y qué es entonces la biblioteca pública? En primer lugar, es un eslabón más en la cadena de la información, una cadena que en sus estadios anteriores incluye a la televisión, la radio, los periódicos y revistas, los centros de documentación y las hemerotecas. En segundo lugar, en una sociedad cada vez con más tiempo libre, es un elemento imprescindible para llenar el segmento del ocio en la vida de los ciudadanos. En tercer lugar, si la biblioteca pública tiene una responsabilidad específica en el ámbito de la educación es, fundamentalmente, hacia

aquellas personas que siguen estudios no reglados: alumnos de institutos y universidades a distancia, formación de adultos, etc. En cuarto lugar, la biblioteca pública tiene la obligación evidente de mantener una colección local lo más rica posible. Y, como suma final, la biblioteca pública tiene como una de sus funciones primordiales, al menos de momento, la de promocionar sus propios servicios, ya que en un país con una tradición bibliotecaria tan desigual, todavía existen muchos ciudadanos que no saben lo que pueden encontrar en una biblioteca. Para cumplir estas funciones con un mínimo de rigor se necesita bastante dinero, tiempo e imaginación. Y, lo que es más importante, se necesita acabar con una serie de prejuicios.

El primer prejuicio con el que se debe acabar es el de la presencia exclusiva del libro. El libro siempre tendrá, lógicamente, un lugar preeminente en las bibliotecas, pero cada vez menos ese lugar será exclusivo. Si la biblioteca quiere definirse como un centro donde se almacena, se organiza y se sirve la información, tendrá que incorporar cuanto antes la informática y las telecomunicaciones. Y no sólo como una herramienta para agilizar el trabajo rutinario de los bibliotecarios, sino como una forma de acceso al mundo ilimitado de la información. «El libro impreso –ha escrito Nuria Amat– ha dejado de ser el instrumento óptimo de acceso al saber científico, humanístico y tecnológico... Hoy en día no hay otra solución que la de introducirse en el apasionante mundo de las Nuevas Tecnologías de la Información». Si la biblioteca pública quiere definirse, además, como un centro desde el que satisfacer las necesidades de ocio de las personas, es evidente que no puede seguir prestando sólo libros. Hay grandes sectores de la población que tiene unas aficiones musicales, cinematográficas, etc. que también pueden y deben atenderse desde la biblioteca pública.

Sólo desde estas definiciones y con estos objetivos tiene sentido plantear una remodelación del sistema bibliotecario navarro y abordar una ley que proteja el derecho de los ciudadanos navarros a disponer en su comunidad de centros de información y de ocio con estas características. También es desde estas premisas desde las que se debe concebir un plan de informatización ambicioso que nos permita ser una verdadera red de información y cultura al servicio de los ciudadanos. Ya sabemos que cuesta dinero conectar entre sí los catálogos de las bibliotecas navarras y éstos, a su vez, con los de otras comunidades. Pero a nadie se le escapa que esa conexión supondría entrar en otra dimensión: la biblioteca más pequeña de Navarra tendría a su disposición cientos de miles de volúmenes.

Walter Benjamin soñaba con escribir un libro sólo de citas, que su pensamiento llegara a tal grado de integración con el de los autores citados, que él ni siquiera tuviera necesidad de escribir una palabra suya. Se podría escribir un libro así recogiendo las advertencias de cientos de filósofos, escritores y científicos de todas las épocas, en el sentido de que la mejor inversión que se puede hacer por el futuro de un pueblo no son las carreteras, ni los pantanos, ni siquiera las fábricas. La mejor inversión es hacer de él un pueblo culto y bien formado, lo demás vendrá por añadidura.

